

—¿Y si no te lo dicen?

—Entonces es peor. Significa que no cuentan contigo y que no vas a conseguir el contrato. Probablemente un competidor se adelantó.

La corrupción puede acabar paralizando a un país e impidiendo su desarrollo. Es particularmente grave en los países subdesarrollados, donde muchos gobernantes se apoderan de las ayudas internacionales, hecho que las ONG conocen sobradamente.

La corrupción es una variable económica tan importante como puedan serlo la inflación o la inversión. Por eso es digno de elogio el intento de

medirla que lleva a cabo desde hace algunos años Transparencia Internacional, un organismo independiente no gubernamental, mediante una encuesta realizada a cuadros superiores de grandes empresas, bancos y cámaras de comercio sobre 90 países. Nigeria, en último lugar, tiene el triste privilegio de ser el país más corrupto, aunque Rusia (en el puesto 83) y Ucrania (88) le van a la zaga. España (20) y Francia (21) ocupan un discreto lugar intermedio, por delante de Israel, Japón o Italia. Los puestos de cabeza los ocupan Finlandia, Dinamarca, Nueva Zelanda, Suecia y Canadá. ¿Cómo consiguen ser tan honrados? □

El sida de las multinacionales

S

TONI COMÍN

uráfrica está enferma: el 10 por ciento de su población está infectada de sida. Hay muchos otros países del África negra en una situación similar o peor, lo que provocará que la esperanza de vida de sus poblaciones baje considerablemente en los próximos años.

Las grandes multinacionales farmacéuticas mundiales sólo buscan remedios para las enfermedades de los países ricos: el 90 por ciento del dinero gastado cada año en investigación se dedica a enfermedades que sólo afectan al 15 por ciento de la población mundial, y las plagas que afectan al 85 por ciento restante sólo reciben el 10 por ciento de los fondos. Las multinacionales funcionan de acuerdo con la lógica del negocio, y sólo se puede hacer negocio con los países ricos, que son los que tienen administraciones públicas y ciudadanos con dinero suficiente para comprar medicamentos.

Además, lo caro no es producir los medicamentos sino encontrarlos, es decir, lo caro es la investigación. Por ello, cuando una multinacional encuentra un remedio necesita asegurarse no sólo de que habrá alguien a quien venderse, sino de que ella va a ser la única que lo va a vender. Así, podrá venderlo a un precio lo bastante alto como para recuperar el gasto hecho en los laboratorios. Si no, no le saldrá a cuenta investigar. Para eso se ha inventado el sistema de patentes: para impedir que la competencia venda más barato el medicamento que otra multinacional ha descubierto. Durante veinte años, quien descubre un remedio tiene en exclusiva el derecho a venderlo. Si no fuera así, nadie descubriría nuevos medicamentos. La misión de las patentes, en suma, es utilizar la lógica del beneficio para estimular la investigación.

Como el sida es una enfermedad que afecta también a los países ricos, las multinacionales descubrieron hace unos años unos medicamentos que no curan, pero evitan la muerte. Sin embargo,

a Suráfrica este descubrimiento no le sirve de mucho, porque el precio de estos medicamentos es tan alto que sólo se lo pueden permitir los países ricos. El Estado surafricano y sus ciudadanos no están en condiciones de un gasto así. Así, en África mueren cada año miles de personas de una enfermedad que tiene remedio. El mundo al revés: como la investigación depende de la lógica del mercado, hay seres humanos que mueren antes de tiempo. El derecho del capital al beneficio pasa por delante del derecho de las personas a la vida. Ésta es la sociedad global en que vivimos.

Como Suráfrica está en el extremo inferior del mundo, puede que allí vean el mundo cabeza abajo. Cuando uno ve cabeza abajo un mundo que está al revés, seguramente acaba viendo el mundo al derecho. Quizá por eso en Suráfrica pensaron que los derechos humanos pasaban por delante de los derechos del capital. Así, en 1997 aprobaron una ley que daba a las empresas surafricanas el permiso para fabricar medicinas sin necesidad de patente. Y entonces, cuando parecía que las cosas empezaban a ir del derecho, las multinacionales farmacéuticas pusieron el grito en el cielo y decidieron llevar al gobierno de Suráfrica a los tribunales. El juicio empezará el 18 de abril.

Suráfrica quiere salvar la vida de sus enfermos; lo que quieren las multinacionales es salvar sus beneficios. Habría que contemplar muy seriamente la posibilidad de que el verdadero enfermo no sea la sociedad surafricana sino las compañías farmacéuticas. Enfermas de neoliberalismo o como quieran llamarlo. Hay que curar a África del sida, pero para ello es imprescindible curar primero a las multinacionales —y al primer mundo que ellas representan— de su avaricia, que es su sida particular. La vida no es un negocio, sino un derecho. ¿Cómo hemos podido llegar a olvidarlo?

¿Quién va a investigar, si nos saltamos el sistema de patentes?, preguntan las multinacionales. Ellas no, avisan, porque sin patente ya no les saldrá a cuenta. Que investiguen los centros públicos, puesto que la salud es una cuestión de interés

Durante veinte años, quien descubre un remedio tiene en exclusiva el derecho a venderlo. Si no fuera así, nadie descubriría nuevos medicamentos

Biblioteca de Autores Cristianos

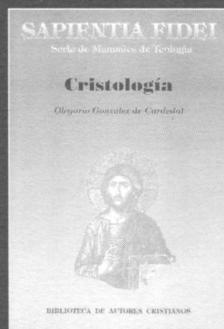


bac 2000

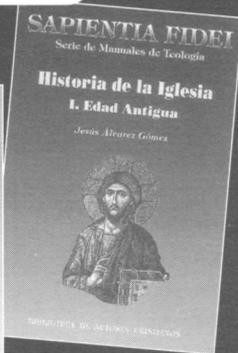


128 págs.

manuales



640 págs.



384 págs.

estudios y

ensayos

352 págs.



160 págs.



Don Ramón de la Cruz, 57 - 1º
28001 Madrid
Tel.: 91 309 08 62. Fax: 91 309 19 80
E-mail: bacventas@planalfa.es

público, dirán muchos. Pero los liberales contestan que la investigación pública es mucho más ineficaz que la privada. Pongamos que es verdad, pero el abanico de soluciones sigue siendo inmenso, porque la muerte injusta nunca es una necesidad. Por ejemplo, podría hacerse que la OMS financie los sistemas de salud de los países pobres, para que puedan comprar cualquier fármaco a precio de mercado. O, como los propios liberales proponen, podría subvencionarse la investigación a las multinacionales, para que luego estén dispuestas a renunciar a la patente. Cualquier solución que salve la vida de víctimas inocentes es buena.

Queda sólo una pregunta técnica: ¿cuánto cuestan estas soluciones? Pongamos que son 25.000 millones de

dólares anuales, mucho menos del 1 por ciento del PIB anual mundial. Pero la OMS es pobre. ¿Con qué dinero va a pagar? Por lógica, habrá que responder que con dinero sacado de quien lo tiene. ¿Quién lo tiene? Los países ricos, y sobre todo los ricos de estos países, que son justamente las multinacionales. ¿Qué tal, pues, que la OMS ponga un impuesto a las multinacionales para poder subvencionar la investigación a las multinacionales?

Lástima que la OMS no manda o, mejor, que en la OMS mandan los países ricos. El mundo estará del derecho el día que la OMS tenga poder y capacidad financiera para garantizar el derecho a la salud en todo el mundo. Querrá decir que ese día ambos sidas habrán desaparecido. □

De oraciones y sectas

E

JORDI PÉREZ COLOMÉ

n las afueras de Hangzhou, en la falda de la colina Fei Lai Feng, se encuentra el Lingyin Si (Monasterio del Retiro Inspirado). En una de sus primeras salas se levanta en el centro un altar cubierto donde por un lado se encuentra el Guardián de la Justicia y por el otro el famoso Buda Sonriente, una de las figuras clásicas del budismo chino. En las paredes laterales se levantan los cuatro guardianes de cualquier templo budista, figuras todas de unos cuatro metros de altura, la mayoría coloreadas de modo chillón, además de los rojos y verdes en el techo y las columnas.

Enfrente del Buda Sonriente, efigie recostada de un personaje calvo de enorme barriga, cuatro reclinatorios con almohadilla roja. Alrededor de ellos un grupo de veinticinco chinos y una guía armada con un megáfono a pilas. Explica bramando que el enorme estómago de la figura no se debe a su gusto por la cerveza, sino que su causa reside en que cuando algún asunto le hacía enfadar o le apenaba, en lugar de preocuparse por él, se lo comía, con lo que poseía esa oronda barriga que sin embargo le hacía conservar la alegría. Los chinos lo comentan y se asombran, aunque no han cerrado la boca durante la monserga de la guía, que por ello va ataviada con su megáfono: es un círculo vicioso que se multiplica por los tres grupos de chinos de la sala. A toda la algarbía sonora se le une un ir y venir incesante. Todo menos recogimiento. El principal

objeto de tal desorden persigue la oración, cuyo procedimiento es el siguiente: de pie ante el reclinatorio se juntan las palmas de las manos y se hacen tres reverencias; a continuación, el orante se arrodilla y en una nueva reverencia acerca la frente al suelo con los dorsos de las manos abiertas sobre el piso. El ritual se repite tres veces con mayor o menor ampulosidad según el ruego exigido. Esto ante el Sonriente, que es el importante de la sala; al resto de personajes se les arroja reverencias de pie a manos juntillas y a correr tras el grupo. Así suelen comportarse los chinos en un lugar sagrado, ejemplo singular de su relación con lo sobrenatural.

El temor del Partido Comunista ante la nueva secta Falun Gong —prohibida en julio de 1999— es precisamente la carga de más allá que reclama poseer. Movimientos como éste vienen a llenar un hueco en la mentalidad china que en tiempos de crisis les abre unas esperanzas utópicas que hacen mella en sus corazones. La llegada del capitalismo ha provocado que las distancias entre ricos y pobres se hayan disparado, hayan surgido clases y que los recién desheredados se encuentren sin futuro. Ello hace que muchos se busquen un porvenir ficticio. Y el poder comunista sabe que dos de las grandes revueltas de la historia china fueron causadas por sectas con miles de enfervorecidos seguidores surgidos de hondísimas crisis populares: la caída del imperio Han a principios del siglo III tuvo como una de sus principales causas la revuelta campesina organizada bajo el movimiento mesiánico de inspiración taoísta de los Turbantes Amarillos. Y siglos después, en la China del Sur, ago-